

POR

DOMINGO ESTRADA.



GUATEMALA:
Tipografía de Arturo Siguere y Cía.
1899

JOSÉ MARTÍ

POR

DOMINGO ESTRADA.



GUATEMALA:
Tipografía de Arturo Síguere y Cía.
1899

a don Domingo
Morales

su amigo afectísimo y
deferente servidor.

J. Estrada.



José Martí.

ADVERTENCIA.

ESTE artículo, escrito en París hace tres años, no pudo ser publicado entonces, por circunstancias agenas á mi voluntad. Al darlo hoy á luz, á ruego de algunos amigos míos que conocieron, es decir que amaron á José Martí, y que acogerán con simpatía este sincero aunque tardío homenaje, nada he querido cambiar de lo que en aquella época escribí, por más que las condiciones de Cuba sean hoy enteramente diversas de cuando yo las consideraba, en 1895, al valorar la influencia del gran patriota en la realización de uno de los acontecimientos más

notables del presente siglo. Mi objeto no fué, ni es, apreciar la revolución cubana y sus consecuencias; quiero, únicamente, obligado por mi cariño y mi admiración, cumpliendo mi deber de amigo y de americano, llevar mi pálida corona á la tumba donde han puesto ya las suyas muy hermosas algunos distinguidos literatos guatemaltecos, como Batres Jáuregui, Ramón A. Salazar y Rafael Spínola: á esa tumba, donde el martir duerme su eterno sueño en la paz y en la inmortalidad.

D. E.

Guatemala, Febrero de 1899.

JOSÉ MARTÍ

ANTES de guardar, quizás para siempre, la oscura pluma inútil, quiero pedirle el homenaje de sincera admiración y la ofrenda de amistad cariñosa que debo al gran desparecido. Mañana no osaría hablar de él; mañana, cuando haya en la inmortalidad entrado plenamente, resuscitando en marmol sobre el suelo de la patria por la cual murió; cuando el día de su apoteosis luzca en el génesis de un pueblo nuevo; cuando definitivamente haya grabado la América su nombre, para mí tan querido, sobre el marmol

eterno de sus glorias.—Hoy aún lo puedo.—En momentáneo olvido, allá en la tierra que bebió toda su sangre generosa, él duerme entre el fragor de los combates, sin que puedan turbar su último sueño el choque de los aceros que él forjó, ni el grito de pelea conque ayer despertara al león dormido, ni el paso á través de la manigua de las legiones levantadas por él, y al frente de las cuales aún ha de batallar su sombra heróica......Ahora comienza á levantarse el pedestal soberbio que va á erigirle la posteridad; puedo llevar á él mi pobre piedra.

Debo á José Martí un beneficio: el de comprender ciertas co-

sas que sin él serían para mí nombres vanos, como la virtud para Bruto; el de guardar en mi espíritu fatigado lo poco que en él queda, de fé en mi raza y de respeto por la humanidad. En derredor de mí casi no he visto sino espectáculos inquietantes y desalentadores. Tocome nacer en época bien triste, en un siglo sin ideales, que ha suprimido la fé sin suprimir el dolor, y que ha quitado á la vida lo único que tenía de bello, la esperanza. Se oscureció la nube luminosa que guió en su noche al espíritu humano; la filosofía sacudió, como Sansón, las columnas del gótico templo, y nada pudo construir

sobre sus nobles ruinas. El arte no es ya el grande arte de otros tiempos; y á la ciencia le tornan las espaldas con desaliento amargo los que han ido á interrogarla sobre los problemas del ser y sus futuros destinos, encontrando hoy á la Esfinge tan muda como hace tres mil años; los que han ido á demandarle verdades que no encierra, consuelos que no guarda y el secreto de la dicha, que no ha ofrecido jamás......Las patrias se mueren; están minadas las fronteras por labor subterránea y formidable, y en ellas palidecen los pabellones de las nacionalidades, ante la bandera roja, que será tal vez la del

misterioso siglo cuya aurora apunta ya. La Libertad y el Derecho no tienen paladines: callaron hace tiempo las voces que cantaban la Marsellesa, sumiendo tronos y levantando pueblos; murió Kotziusko, murió Kosuth, murió Martí......Quedó solamente en los altares el becerro de oro; y en torno suyo librando los egoísmos, los apetitos voraces, las pasiones sin freno, la lucha feroz y encarnizada de la vida. ¿Cómo, pues, en el ambiente de nuestra decadencia bizantina, podría yo haber salvado la fé de mis primeros sueños, si jamás hubiera encontrado una sola de las egregias figuras que avasallaran en la

historia mi admiración un tanto incrédula? Soldado, apóstol, mártir, el prócer de Cuba me ha hecho comprender la sencillez de los sublimes sacrificios, la exaltación de los supremos entusiasmos, el desdén de la vida ante el ideal. Estaba tallado para las cosas grandes; y en cualquier tiempo hubiera pertenecido á la pequeña legión heróica. Esparta lo hubiera visto en las Termópilas, y Roma sobre la arena del Coliseo, confesando al Maestro ante el César y ante el león. Ceñido el casco y la cruz roja sobre el pecho, Jerusalém lo hundiera contemplado bajo sus muros; y cuando el alma mística de la

Edad media celebraba sus soberbias nupcias con el espíritu pagano que renacía, se le hubiera encontrado, tal vez, á la sombra de altivo campanario gótico, forjando estrofas robustas, para saludar la alborada magnífica en algún genial y extraño poema. Y más tarde, con Camilo hubiera deshojado los árboles del Palacio Real, cantado á Carlota con Chenier, corrido á la frontera con Saint Just, hablado en la tribuna de Vergniaud y marchado en la carreta de los girondinos á la plaza de la Revolución. Según las épocas, hubiera podido ser Espartaco, Tell, Vercingetórix, John Brown: que él perte-

necía á la falange de los iluminados, de donde salen los caudillos de pueblos, los levantadores de muchedumbres, los redentores de patrias.

La de Martí fué Cuba. Americano, debíó nacer allí...... En cualquier otro país del continente ¿á qué causa hubiera podido consagrar su alma excesiva? Debió pertenecer al único pueblo que aun no ha roto sus cadenas; nació sin patria y quiso tenerla; y esa obra llenó toda su vida. Amó á Cuba con amor ardiente, exclusivo, tenaz, con terneza de hijo, con pasión de amante, con mística exaltación de religioso, con dolorosa nostalgia de proscrito;

sufrió por ella el presidio á los diez y seis años; durante casi todos los de su vida saboreó la inmensa tristeza del destierro; á los cuarenta y dos murió por ella! Nosotros, los tibios, los del alma anémica, apenas podemos comprender esos supremos amores: el de Arquímedes por la ciencia, el de Teresa por su Dios, el de Vicente de Paúl por la humanidad. Así la amaba él, á su Cuba!

A ella ofrendó cuanto tenía, sacrificó cuanto podía tener. Cuanto tenía: su vasta inteligencia y su energía rara, su vibrante palabra de tribuno, y esa pluma famosa, que sólo abandonó

para empuñar la espada. Cuanto podía tener: puestos y honores, placeres y riquezas, las dichas del hogar tranquilo y todos los demás amores de su alma. Oro: ¿no habría ganado cuanto hubiese querido, José Martí, el primer literato de la América latina? Los periódicos más reputados se disputaban sus correspondencias; no se hubieran contado las ediciones de sus libros; dos ricas repúblicas del sur se habían honrado, haciéndolo su consul en el emporio comercial del continente. Y á todo renunció. Vivió pobre, vivió aislado, con austera y laboriosa vida, trabajando en tareas inferiores á su talento hermoso,

vendiendo, como el héroe del cuento de Daudet, algunas migas de su cráneo de oro, á fin de obtener el pan que necesitaba para sí y para sus hermanos, los hijos errantes de la madre Cuba. Y todo lo demás de su tiempo, de su energía, de su poderosa intelectualidad, lo consagraba á la gran obra de que era el cruzado, el apóstol y el Mesías. Así, en esa Nueva York populosa, inmensa Babel, colmena desmedida, á donde va el rebalse de los pueblos, se le podía ver corriendo aprisa entre las compactas muchedumbres que ajitan la sed de lucro y los afanes intensos de la vida, para llevar al

diario ó á la imprenta un artículo, una traducción, un trabajo cualquiera que pusiese algunas monedas en su mano desdeñosa, y le permitiera esparcir su propaganda y perseguir su sueño. Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como á Arístides; teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro; altivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga; ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, el que había de encontrar en la pelea los rugidos de Kleber; de sonrisa

dulce y leal, benévola siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron y de Goethe. Tal era Martí.

Escritor de raza, manejó como pocos la sonora lengua española. El estilo tenía que ser como el hombre, escepcional; y lo fué: raro, violento, soberbiamente imaginado, á veces amplio y magestuoso como el undívago Rhin, á veces rápido, impetuoso, cortado por cascadas hirvientes como el Niágara. Su obra es desigual, oscura en partes, nebulosa, llena de sombras y relámpagos, como lo

son las cimas sublimes, las cumbres del Himalaya ó los poemas de Hugo. En ocasiones fué incorrecto, jamás mediocre. Por toda noble causa enristró siempre su buena pluma de Toledo; y ciencia, crítica, bella literatura, crónica, moral, filosofía, derecho, las graves cuestiones sociales de la época presente, lo tocó todo con originalidad incontestable, siendo con frecuencia profundo, brillante siempre, y dejando marcada en donde quiera la garra del león. Me decía una vez Rubén Darío: es lo que he visto que se aproxime más al genio......que más cerca esté del Padre Hugo.—¿Quién ha podido olvidar su artículo

sobre la inauguración del puente de Brooklin, que reprodujeron los periódicos de la América toda? Y otros, y otros aún, y mil más, que salían de su poderosa fragua, algunos como guerreros armados de punta en blanco, que se derramaban por el continente, para tocar con el hierro de su lanza los escudos de las naciones libres, y señalarles á la hermana esclava; y otros, que eran como vasos corintios de puras formas, cincelados con extraña gracia, y llenos hasta los bordes de substanciosa ambrosía. En vano busco un estilo para comparar el suyo: tenía notas de la vibrante cuerda de Armand

Carrel, colores de la paleta riquísima de Paul de Saint Víctor, ideosincrácias de un temperamento especial y poderoso, como Juan Montalvo: era todo éso, y á la vez otra cosa, poniendo en cuanto escribía, prosa ó verso, su propio sello real, y siendo siempre *él* mismo, incapaz de imitación, é inimitable.

Pero, ah! no queda en producción alguna toda la medida de su genio! ¿Acaso tuvo tiempo, el proletario de la pluma y el apostol en perpetuo combate, para dejar sí una obra á lo Flaubert, pensada lentamente, y lenta y amorosamente ejecutada? Qué bellos libros, en límpida prosa

castellana digna de nuestro siglo de oro, habría escrito en su robusta virilidad, allá en su hogar tranquilo, bajo la sombra de las palmeras cubanas! Qué poemas impetuosos, donde estrofas de sonoro martilleo, atropellándose en lírico desorden, hubieran contado al porvenir las cargas de los llanos, los reñidos combates en la selva virgen, los rugidos del león ibero al soltar su última presa y el nacimiento de la patria, el día en que volviera á levantarse el sol de Ayacucho en el cielo de América!

Pero ¿es cierto que no dió en obra alguna la medida de su genio?......

De un extremo al otro de Cuba arde hoy la guerra; hierven los matorrales en combatientes; palpita la vida terrible de la insurrección en la manigua entera; los descendientes de los conquistadores, sintiendo correr en sus venas sangre bravía, batallan contra los hijos de los que un día lucharan con igual bandera junto á Pelayo, el Cid y Palafox. Todos los ecos de la grande Antilla repercuten el grito de independencia, sonoro y bello entre el fragor de las descargas; la República del Norte comienza á conmoverse, y pronto su voz decisiva consagrará la causa del Derecho: la España, ansiosa, ve

desprenderse el último florón de su corona colonial, y en pugna contra la justicia, olvidando las lecciones que ella ha dado en Europa y recibido en América, levanta ejércitos, equipa acorazados, va al fondo de sus recursos, agota su crédito, gasta un millón por día y manda al último de sus grandes guerreros (1) á combatir lo que es incontrastable; transmite el cable á toda hora las sensacionales nuevas, y el mundo entero asiste apasionado á la suprema liza.......

Un joven pobre, dulce, casi tímido: un ideólogo, un poeta,

[1] Martínez Campos era en esa tiempo capitán general de Cuba.

un soñador hizo todo éso. Es la obra de José Martí.

La obra que preparó durante largos años de propaganda incesante, de esfuerzos desmedidos, de heróica obstinación, sacudiendo al resignado, levantando al abatido, enardeciendo al valeroso, comunicando al escéptico su confianza y su corage al tímido, avivando los trágicos recuerdos, resucitando las esperanzas muertas, invocando los grandes ejemplos y los nombres sublimes, aprovechándolo todo, en éste hambres de venganza, sed de libertad en otros, en aquel la nostalgia de la patria hermosa, en otros el interés ó la ambición,

en otros aún el espíritu aventurero ó el amor á la gloria; forjando armas, allegando recursos, armando brazos, inflamando pechos, infatigable, sin una hora de desaliento ni de duda, lleno de ardiente fé en sí, en su causa, tal vez en Dios, viendo claridades de aurora cuando todos desfallecían en la noche, despertando á las almas dormidas con las fanfarrias de su clarín sonoro, arrojando su propio corazón al débil fuego que aún ardía ante el altar sagrado, y sonando él mismo el rebato cuando sintió llegar la hora suprema......Esa fué su obra: la que efectuó su pluma y su palabra.

Su palabra más bien; porque Martí fué ante todo un orador. La verbosidad seductora de su práctica se volvía grandiosa elocuencia en la tribuna. No conozco en toda la América un orador de su talla; ni creo pueda olvidarlo jamás quien haya oído uno de sus discursos maravillosos. Aquel joven afable, modesto, que tan bien sabía escuchar, que anhelaba borrarse ante todos, y se esforzaba en cualquiera parte por hacerse pequeño, por ocupar el último sitio, en la tribuna era otro: sentíase en su puesto, se erguía con la conciencia de su fuerza dominadora, se crecía, se agigantaba, y domador magnífico

del verbo, soltaba los raudales de su impetuosa palabra, salíéndose del cauce que había preparado quizás; y cabalgando sin bridas en el Pegaso alado, sin una pausa, ni una vacilación, ni un desfallecimiento, discutía, enseñaba, convencía, increpaba, apostrofaba, peroraba soberbiamente, amplio el gesto, robusta la voz, despidiendo rayos la pupila, sin buscar jamás un efecto, desdeñoso de todo lugar común, encontrando frases que eran sólo suyas, giros que rompían los moldes aceptados, incorrectos á veces, originales siempre y á menudo geniales, tal vez inconsciente de la admiración que despertaba en

torno suyo, arrebatando en su vuelo de águila á todas las almas, y fincando el poder de su elocuencia en su fé hermosa, en el ejemplo de su noble vida, en la grandeza de su ideal y en la sinceridad simpática de su emoción.

El último discurso que le oí fué el que pronunció en Nueva York, ante los miembros del Congreso Pan-Americano, en una velada que en honor de éste dió la sociedad literaria que presidía entonces mi distinguido amigo, Santiago Pérez Triana. Aún me parece que escucho su encantador exordio, el cariñoso saludo que por medio de él nos dirigia la colonia latino-ameri-

cana...... "El día de nuestro arribo habían sonreído todos los lábios, todos los corazones palpitado: las flores de otoño habían esparcido los postreros aromas que para nosotros guardaban en sus cálices, y hasta los pájaros habían gorgeado más dulcemente en los balcones; los bellos ojos negros nos buscaban, las afectuosas manos hacia nosotros se tendían, y todo cantaba al unísono el jubiloso hosana con que ellos recibían á sus hermanos del Sur"... Habló después de nuestra América, teniendo para cada bandera un saludo y un himno para cada patria. Con qué bello lirismo evocó las glorias del pasado! Con

qué rasgos tan sobrios y valientes narró la epopeya que fué la cuna de nuestra historia, la lucha heróica de la Independencia! Resucitadas por él, aparecieron las grandes figuras legendarias: San Martín, hollando la virgen nieve de los Andes, y con el casco de su corcel de guerra derramando sobre el abismo el poderoso vuelo de los condores despertados; y Bolívar, erguiendo su frente de semi-dios entre el huracán de la metralla,y haciendo relampaguear, al sol de los incas, la espada de Junín; y Sucre, cuyo trágico espectro debe cabalgar las noches tempestuosas, en el arzón de bélica walkirie, sobre el

sangriento valle de Ayacucho!... Y habló del porvenir: del destino de América, de la misión que reservaba la historia al mundo nuevo, tierra de promisión que abre sus puertas generosas á todos los miserables, á todos los oprimidos, brindándoles pan y libertad; y que deberá dar un día el espectáculo de una federación portentosa, con el Derecho por ley, por norma la Justicia y por culto yo no sé qué dulce evangelio de fraternidad y amor...... Y aquel sublime visionario, aquel creyente, saludaba á esa espléndida aurora; y yo, arrobado por la música de su palabra, veía como aparecer sobre sus hombros

las alas palpitantes del ensueño...

Cuán cerca está eso todavía, y cuán lejos me parece ya! Con qué melancolía traigo hoy á mi mente ese y todos los demás recuerdos que de él guardo, en un rincón de mi alma inaccesible al olvido!......

Cada vez que á Nueva York llegaba, mi primer visita era para él. Con qué ilusión subía rápido los cuatro pisos de esa vieja y sombría casa de la calle Front! Allí, en el fondo del corredor oscuro, estaba la puerta del pequeño aposento, que era á la vez salón, dormitorio y gabinete de trabajo, y donde él vivía con la altiva pobreza de Villiers de l'

Isle Adam. Empujaba la puerta sin llamar: entraba...... Oh, su alegre sorpresa, el apresuramiento con que se venía hacia mí, abiertos los brazos, cariñosa la sonrisa, llena de gozo la mirada leal!......A partir de ese instante, todos sus ratos libres eran míos. Y los aprovechaba tan bien! Cómo olvidar nuestros modestos banquetes casi diarios, y más que todo, esas largas horas de sobremesa que tan rápidas volaban para mí!......Hacíame en ellas sus confidencias íntimas; y podía entonces ver hasta el fondo de aquella alma tan noble y tan hermosa. Llevábalo á las esferas en que vivía abstraído aquel

grande intelectual; y allí, en dulce confianza, teniéndome por único auditorio, derramaba los tesoros de sus ideas, él, que hubiera merecido hablar en los banquetes de Platón. ¿A qué hora atesoró tanta riqueza? ¿Cómo pudo adquirir su erudición pasmosa, cuando aún no había llegado á la virilidad, y cuando su vida entera fué un combate? El lo sabía todo: jamás le toqué materia alguna en la cual no se me revelara con ideas imprevistas, conocimientos raros, generalizaciones profundas, puntos de vista originales. Un rato de conversación con él me instruía más que un año de lectura. Lo que

no sabía yo, me lo enseñaba; y lo que ya sabía, él me lo precisaba, extendía, completaba: así, mil cosas que antes encontrara oscuras, las comprendía sin esfuerzo, al escuchar su esposición, tan clara, pintoresca y elocuente. Era el arte uno de sus temas favoritos; y detallaba con voluptuosidades de amante cuantas obras maestras ha producido el genio humano, de Fidías á Rodin y de los primitivos á Puvis de Chavannes. Cuando contemplé el Antinóo ó la Venus de Milo, el Teseo de Canova ó el Moisés Augusto; cuando estuve en presencia de las telas de Velázquez y Rembrandt, de Murillo ó de Van

Dyck, de la Gioconda misteriosa ó de la Madona de San Sixto, divina y adorable, en mi supremo pasmo sólo pude repetir sus frases. ¿Qué detalle había olvidado de estas creaciones maravillosas, si las llevaba siempre en el vasto museo de su espíritu aquel ardiente amador de la belleza y de la gracia? Y con él estudiaba las modernas escuelas literarias, del romanticismo al naturalismo; él me relataba las querellas de parnasianos, decadentes, bizantinos, nevrosiados, impresionistas, satanistas, neomísticos; me iniciaba en las tendencias de la novela rusa, en los secretos de la psicología germana, me develaba el símbolo de

los dramas del Norte, conociendo á Ibsen y á Hauptmann mucho antes de que los hubieran descubierto en Francia; me hablaba con igual conocimiento de causa de Echegaray y Maeterlink, de Whitman y de Swinburne, de Verlaine y de Pouchkine. Era universal: lo había todo abrazado y comprendido, y en todos los países del espíritu había penetrado con paso de conquistador...

Si abandonaba esos temas no era para ocuparse de sí: que el imponente *yo*, obstinado *leit motiv* de la mayor parte de las pláticas, sólo por empeño de los otros y por breves instantes aparecía en las suyas. Sus obras, sus tra-

bajos, para qué ocuparse de ellos? Valían tan poco!......Tal vez un día le sería dable producir algo bueno. Tenía, sí, proyectos, de todo, de dramas, de novelas, de poemas, donde habría de decir mil cosas que sentía intensamente, y que hasta ahora no había tenido tiempo de escribir... y esquivaba los elogios, ese pan de las almas pobres, con un cariñoso y efusivo: "pero hablemos de Ud.!" Y aún en ese tema indigente era fecundo. ¿Había yo escrito algo? Pues él se esforzaba por encontrar allí bellezas, ciego esas veces á fuerza de bondad; y por medio de lisonjas delicadas y de discretas críticas,

tan lejanas del banal elogio que no estimula, como del necio sarcasmo que nada enseña, procuraba dar confianzas al tímido, fé al escéptico y empuje al perezoso. Si de cosas ligeras se conversaba, él, austero únicamente consigo mismo, se mostraba jovial, y sabía reír con sana, franca y alegre risa; pero si uno sufría con esos desfallecimientos dolorosos que nos hacen sentarnos, pálidos y tristes, el alma rota y la energía muerta, abandonando la lucha inutil, sintiendo que es muy alta la colina y muy pesada la piedra....entonces, cómo sabía consolar su labio cariñoso! Con qué confianza dejaba ver hasta

el fondo de su corazón, que también hiriera con letal herida el infortunio! Y cuánto reconfortaba, más aún que su palabra, el noble noble ejemplo de su útil y fecunda vida!......

En esas noches, para mí inolvidables, no me abandonaba el excelente amigo sino para ir á una escuela, donde enseñaba gratuitamente á los niños pobres, ó á un punto lejano de la ciudad inmensa, á dejar en el desván de algún compatriota desgraciado consuelos, esperanzas, y un poco de ese oro que para sí desdeñaba; y yo, al separarme de él me sentía menos pobre en ideas, y más animoso, y capaz de hacer algo

bueno. Era mi proveedor de Ideal.

Cosas gratas y dulces que jamás volverán á repetirse!......

Al partir, él era el último que me despedía. Hace tres años sobre el puente del "Colón" que se alejaba del muelle, oí por la postrera vez su voz afectuosa: "Hasta la vista, nó?" "Sí, sí, hasta muy pronto!"..... Y era eterno aquel adiós!

Después, sonó la hora preparada por él durante tanto tiempo. Cuba se levantó al grito de independencia. Ansioso, devoraba yo las noticias. Un día leí: "Martí ha desembarcado;" y mi corazón se oprimió intensamente. No tengo fé en la justicia de ios

acontecimientos, ni en los decretos del destino imbécil. En él sí la tenía, como la tuvieron los suyos, colocándolo en el puesto más elevado de la América, en el de Presidente de la República Cubana. El mas alto, sí; que ningún supremo magistrado tiene el carácter augusto de ese jefe sin palacio y sin corte, que galopaba en la selva, levantando en su mano el pabellón de la Estrella solitaria......¿Iría á ser el Bolivar de Cuba? Fué más, pues fué su Cristo.

En ese domingo de mayo, París se despertó bañado en la dorada luz de un sol triunfal. Vestidos de tiernas hojas, los

árboles derramaban gorgeos. En todos los nidos nuevos había misteriosos ruidos de alas. Alegres muchedumbres se dirigían al cercano Bosque. Todos festejaban el regreso de la primavera: ricos y miserables, felices y desdichados, todos sentían en aquella espléndida mañana el goce intenso de vivir......El periódico temblaba en mi mano, y una lágrima en mis ojos. El sol de ese día él no había podido contemplarlo. En la acción de Dos Ríos, había muerto con la muerte del jefe, acribillado de heridas, desnuda la espada, entero el corazón sublime ......El maestro de mi espíritu, el amigo querido no existía ya!.........

Me traía el ambiente aromas de lilas y violetas, y alto, muy alto, volaban las golondrinas en la gloria del cielo. En todo palpitaba la vida. Yo no veía estas cosas: contemplaba, á través de los mares, el cadáver sagrado que aún no había cubierto la piedra funeraria, y que dormía allí, en la tierra que él amara cánto, muda por siempre la elocuente boca, cerrados los ojos en el misterio de la eterna noche, y circundada por el limbo del martir la helada frente de alabastro, que aún debía guardar algún reflejo del genio hermoso que la iluminó......

Su vida había sido bella; y su

muerte aún más bella que su vida.

Hubiera querido yo narrarla toda entera, estudiar sus obras, dar la medida exacta de su valor. No me es posible. Ni soy de talla para tal tarea, ni poseo los datos precisos que necesitara, y no tengo aquí una sola de sus producciones. Así, únicamente he podido decir cómo lo admiré, cuánto lo quise, y consagrar á su memoria este recuerdo enternecido, mezclando el íntimo duelo de mi amistad al duelo inmenso de la América.

Vencido más glorioso que sus vencedores, duerme ya en paz el campeador de Cuba. Su tumba será mañana objeto de peregri-

nación piadosa: junto á ella, ceñidas de cipreses, llorará la dulce Musa de Palma, y arrancará soberbias notas á su lira la Musa pindárica de Heredia; entre coronas de laurel y encino, la nueva República suspenderá sobre ella un girón sagrado y glorioso, ennegrecido por el hálito de las batallas: la bandera de la patria por la cual murió......Hoy aún se encuentra esa tumba solitaria: no sé siquiera si una lápida la cubre, y si en ésta habrán grabado su gran nombre; puedo acercarme pues, para arrojar sobre ella mi puñado de modestas flores.

DOMINGO ESTRADA.

París, Noviembre de 1895.

NOTA.

Martí guardaba un recuerdo cariñoso y enternecido de Guatemala, que en un tiempo, allá por 1877, ofreció su hospitalidad al joven proscrito. Como una prueba de ello, y para que se conozca aquí cómo se expresaba, cuando era ya ilustre y conocido en la América toda, respecto al país en que fué comprendido y amado por la juventud liberal de aquella época, quiero reproducir las expresivas frases con que, á mi arribo á Nueva York, en 1892, me saludó desde las colum-

nas de su periódico "Patria." Algo me ruboriza lo excesivo del elogio: lo escribió el amigo; pero, ese saludo, más bién que á mí, es dirigido á Guatemala, y éso es lo que me ha inspirado el deseo de insertarlo aquí. Además, debo decirle á mi patria lo que El me encomendó para Ella.

D. E.

EN CASA.

Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana sólamente; ni por el bienestar, imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispano-americana. Otros crecen, y tenemos qne crecer nosotros. En los viveros de los pescadores, se ve cómo el pez

recio y hambrón, cuando se le encaran juntos los peces pequeños, bate el agua con la cola furibunda, y deja en paz á los peces pequeños. Es cubano todo americano de nuestra América.

Y lo es más, si nació en un pueblo donde el cubano tuvo siempre consuelo y abrigo; donde la juventud abrió los brazos al maestro errante, al insurrecto herido, al poeta de las serenatas tejidas con hilo de oro; donde el agricultor trató de hermano, y dió casa y empleo al que llamó á sus puertas, sin más caudal que la pobreza y el dolor; donde las señoras de abolengo adornaban con sus manos, como para hijas,

el tocador de sus humildes huéspedas cubanas; donde nunca faltó cariño y pan para los cubanos agradecidos. Es cubano todo guatemalteco.

Muy del alma es el saludo con que "Patria" recibe hoy, de paso para su hermosa tierra, á un hombre de raro y alto mérito que, con tener el genio fino y caballeroso, y una poesía toda de plata y oro, vale aún menos por ésto, y por su crítica cordial y sagaz, y por su ciencia notable del mundo, que por su alma enamorada de la hermosura, que sólo rinde tributo en la tierra á la belleza ideal ó á la virtud insigne. Es como un griego de

la Antología Domingo Estrada, por cierto desmayo del alma, ansiosa de la perfección, que se enoja de ver cuánto tarda en madurar el mundo, por su verso elegante y ceñido, que es como la cabellera rubia de Psyché, con la guirnalda de hipomeas, por su juicioso desamor de la pompa necesaria al necio, y por aquel culto de la amistad, que fué acaso la mayor belleza griega. El mundo es fuerte y bello por los amigos. Cuando Domingo Estrada, en sus paseos de poeta, descubra la cabeza, según solía en su primera juventud, ante aquel coro de montes florecidos que rodea, como defendiéndola, á la ciudad

de las casas blancas y los árboles, como una cesta de esmeraldas y perlas, dígale que sus favores á los hijos de Cuba no fueron en vano; y que desean paz, independencia y dicha á la noble Guatemala los cubanos agradecidos.

J. MARTI.

"Patria" de New York, No. 15,
del 10 de Junio de 1899.